

serve el alma cargada de todos sus pecados, aun cuando quede uno solo, ó siquiera la afección hacia alguno de ellos. El pecado hacia el cual se siente una tan pertinaz inclinación es el que se debe barrer primero. La desgraciada complacencia en una pasión favorita, que se supone inocente y que, por lo tanto, no se procura desarraigarse, es la que hace tantas conversiones imperfectas, y, por consiguiente, inútiles. ¡Desgraciados! han sufrido todas las fatigas de la penitencia, y no han reportado el provecho; han sembrado, y no cogen. ¡Estos son tanto más dignos de lástima, cuanto que no conocen su estado! En mitad del sendero del crimen se creen en las vías de reconciliación, y la conciencia artificial que se han formado, en lugar de ilustrarles sobre sus peligros, contribuye todavía á engañarlos.

Y después que la ha hallado, junta las amigas y vecinas y dice: Dadme el parabién, porque he hallado la dracma que había perdido. Así os digo que habrá gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia. Jesucristo aplica esta conclusión sucesivamente á las dos parábolas, para que nos fijemos en ella con una atención particular. Por este medio quiere excitar más todavía á los pecadores á la conversión, manifestándoles toda la alegría que causará, no sólo en la tierra, sino hasta en el cielo.

Esos vecinos, esos amigos que reunen, el pastor que ha encontrado la oveja extraviada y la mujer que ha hallado la dracma perdida; los que les dan el parabién por su felicidad y se regocijan con ellos, son todas las almas justas, todos los santos de la tierra. Mientras que en sus conventículos los malvados se afligen de ver á uno de sus semejantes apartarse de su sociedad, y contrariando sus resoluciones con intrigas, sarcasmos y befa, se esfuerzan por detener su vuelta hacia Dios, por arrancarle de su marcha regular y atraerle de nuevo á sus maldades; las almas religiosas se complacen y lo celebran. La caridad de que se hallan animados convierte en felicidad personal la de cualquiera de sus hermanos; se reunen con avidez al rededor del nuevo prosélito de la virtud, le felicitan por haber venido á participar de la ventura que ellos gozan, se felicitan á sí mismas por haberle adquirido para sus santas reuniones, se unen á él para dar por ello las gracias al Autor de todo don perfecto, y secundan sus esfuerzos con sus votos, le alientan con su ejemplo y le sostienen con sus exhortaciones.

Y el cielo también se digna participar de esta alegría, y parece como que la felicidad infinita se hace entonces susceptible de aumentarse. La conversión de un pecador es una nueva dicha para los espíritus bienaventurados, un nuevo asunto para sus cánticos de alabanza y para sus actos de agradecimiento.

Pecadores vueltos á la gracia, contemplad en lo alto de la ciudad celeste á los ángeles y á los santos aplaudiendo vuestros esfuerzos generosos, preparándoos un lugar entre ellos, llamándoos con sus fervientes votos é instándoos para que acabéis de haceros dignos de participar de su compañía. Corresponde por vuestra parte á sus invitaciones afectuosas, y después de haber alcanzado de la divina gracia tantos preciosos favores, mereced el último de todos, sin el cual los demás no son nada, y que es el complemento de todos ellos: el don de la perseverancia. *Amén.*

MILAGROS DE JESUCRISTO

Respondens dixit illis: euntes, renuntiate Joanni quem audistis et vidistis: quia ecce videtur, claudens ambulans, leprosi mundantur, surdi audiunt, mortui resurgunt.

Contestando Jesús á los discípulos de Juan, el Bautista, les dijo: Volvemos, y referid á Juan lo que habéis oído y visto; esto es, que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan curados, los sordos oyen y los muertos resucitan.

(S. LUCAS, c. 7, v. 22.)

Durante el segundo año del ministerio evangélico de Jesucristo, el Bautista, su santo precursor, estaba encarcelado. Este glorioso amigo del Mesías preveía que no había de tardar en sucumbir al odio de sus enemigos, y quiso que, antes de su muerte, los discípulos que le seguían en su predicación conocieran á Jesucristo. La empresa no era fácil, porque los discípulos de Juan estaban llenos de prejuicios y prevenções. Vieron que Jesús acudió humildemente, como la generalidad de los judíos, á recibir el bautismo de Juan, y creyeron que éste, por sólo dicho acto, había adquirido una especie de superioridad sobre Jesús. Poco tiempo más tarde vieron que Jesús reunía, á su vez, discípulos, se hacía seguir por ellos, bautizaba, predicaba

su Evangelio, apoyaba su predicación en la multitud de milagros que realizaba y atraía sobre sí la atención general. Celosos de la opinión de su Maestro, creyeron que ésta iba á disminuir, que su ministerio se desacreditaría insensiblemente y que debían oponerse á que así sucediera. Animados de estos pensamientos, fueron á buscar á Juan, refiriéronle lo que habían visto y le dieron á conocer sus quejas.

Maestro, le dijeron, ese hombre que estubo contigo en Betania, del otro lado del Jordán, y á quien tu modestia te hizo dar un testimonio tan glorioso, lejos de estarle agradecido, usurpa tu ministerio y te sustrae tus discípulos. Porque ahora es él quien bautiza; las muchedumbres se agrupan en derredor de él, y si tú no te opones eficazmente, te verás bien pronto abandonado. Juan se compadecia de la ceguedad y del falso celo de sus discípulos. Creyeron éstos alarmarle, y fué aquella la noticia más grata que podían comunicarle. Hijos míos, les dijo, ¿no veis que ése de quien me habláis ejerce un poder que no son capaces de dar los hombres? Fuerza es, pues, confesar que lo ha recibido de Dios y que le viene del cielo; juzgad, por esto, de la grandiosidad del ministerio que ejerce. En cuanto á mí, públicamente lo he dicho, y vosotros lo sabéis: yo no soy el Cristo; soy sólo el enviado delante de él, como precursor suyo, para prepararle el camino. Os quejáis de que su gloria oscurece la mía, y en eso consiste precisamente mi triunfo. Es preciso que su reputación brille y se extienda, que el éxito de sus trabajos se multiplique, que el ruido de sus milagros se difunda, que la gloria de su nombre vaya siempre en aumento; pero también es preciso que, á medida que él vaya siendo más conocido, la opinión que de mí ha formado el pueblo disminuya y se anule.

Este misterioso discurso, en el cual el Bautista tan delicadamente trató la adhesión de sus discípulos, calmó las preveniciones de éstos, mas no logró destruirlos. El tiempo, mientras tanto, corría; Jesucristo continuaba ejerciendo su divino ministerio y se hacia cada vez más célebre por la sublimidad de su doctrina y por los admirables prodigios que continuamente obraba. La resurrección del hijo de la viuda de Naim hizo tanto ruido en la Judea y sus contornos, que los discípulos de Juan fueron nuevamente á verle en su prisión y le contaron con celosa inquietud este milagro y todos los que sabían que Jesús realizara desde que había reunido sus apóstoles. El Bautista, queriendo curar esta mala disposición de sus discípulos y darles ocasión de que por sí mismos reconocieran que Jesús era el Mesías, eligió dos de sus adeptos y les dijo: Id á encontrar á Jesucristo y preguntadle en mi nombre: ¿Eres tú el que debé venir á salvar el mundo, ó debemos esperar otro salvador?

La comisión se realizó; los discípulos del Bautista encontraron al Salvador rodeado de enfermos de todas clases. Tal era su séquito ordinario, y difícil hubiera sido encontrarle sin un numeroso cortejo compuesto de todos los desgraciados del país en que predicaba. Recibió, pues, Jesús á los diputados en medio de aquella compañía cuya confianza y cuyos votos anunciaban su poder divino, mucho mejor que pudiera hacerlo todo el aparato y lujo que circunda los tronos de los reyes. Escuchó lo que los enviados tenían que decirle, y antes de contestarles hizo que se acercaran los enfermos, los paralíticos, los heridos, los ciegos, los cojos y los demoniacos que le rodeaban. Los curó y libró á todos, y volviéndose luego á los dos comisionados del Bautista: Marchad, les dijo, volved á vuestro Maestro y contadle simplemente y con fidelidad lo que acabáis de ver y oír; los ciegos recobran la vista, los cojos caminan sin dificultad, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan. En una palabra, el Evangelio es anunciado á los pobres: lo cual sólo debía realizarse por un Mesías pobre como ellos. Preguntad vosotros mismos á Juan el Bautista si soy yo el rey de Israel que debía venir á redimir el mundo, ó si es preciso esperar otro. Dichoso, agregó el Salvador, dichoso aquel á quien mi humildad é indignicia no hayan escandalizado. Dichosos aquellos que, despreciando las falaces exterioridades de que se rodea el orgullo de los hombres vanos, consultan las predicciones de los profetas, admitan el testimonio de mis obras y se rindan á la evidencia de mis milagros (*S. Luc. 7, 18*).

¿No os sorprende, hermanos míos, que Jesucristo, interrogado de tan explícita y positiva manera acerca de su cualidad divina, no haya respondido de un modo más perentorio? ¿No hubieseis deseado que, en lugar de los actos de omnipotencia, de los testimonios de su divinidad que acababa de realizar á presencia de los dos discípulos del Bautista, el Hijo de Dios hecho hombre les hubiera explicado los misterios de su generación divina y de su encarnación milagrosa? No nos engañemos, hermanos míos; la sabiduría eterna no cae jamás en defecto, y Jesucristo adoptó, para convencer á los discípulos de Juan, un medio más pronto, más infalible, que el de obligarles á razonar sobre su misión y cualidades. Obró milagros delante de los enviados de Juan, realizando, así, lo que los profetas habían anunciado de él. Isaías, setecientos años antes del nacimiento de Jesús, había predicho que el Salvador de los hombres devolvería la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la palabra á los mudos, el movimiento á los paralíticos, curaría toda clase de enfermedades y resucitaría los muertos. Hizo más aún que apropiarse este testimonio auténtico, dado por

el mismo Dios, y que, principio y fundamento únicos de la fe, de la esperanza en el Mesías, debía influir poderosamente en el ánimo de sus oyentes; Obró ante ellos obras prodigiosas que no pueden ser efecto más que de la omnipotencia divina; y con esto los puso en estado de juzgar por sí mismos y de convencerse de que quien tal hacía era Dios, ó cuando menos un enviado de Dios que disponía de todo su poder.

En efecto, hermanos míos; no hay prueba más convincente, que más evidencia una verdad, que los milagros obrados para atestiguarla. Jesucristo no escaseó esta clase de pruebas, antes al contrario, las ha multiplicado cuanto pueda encarecerse. Esto es lo que vamos á considerar en estos momentos; mas antes pidamos los auxilios de la gracia. *Ave Marta.*

Antes de estudiar, hermanos míos, los milagros que Jesucristo, nuestro divino Salvador, obró durante los tres años de su predicación evangélica, recordemos los prodigios estupendos que precedieron á estos tres años de su vida pública; recordemos que, aun en la cuna Jesús, y en el momento de su nacimiento, los ángeles descendían del cielo para anunciar su advenimiento á los pastores de Belén y de toda la comarca; que una estrella milagrosa aparece en el fondo del remoto Oriente y guía desde los confines del mundo á tres monarcas, que vienen á prosternarse ante el pesebre que sirvió de cuna al Salvador; que en las márgenes del Jordán y en el momento de ser bautizado por el Precursor, el cielo se abre, la tercera persona de la adorable Trinidad, el Espíritu Santo, desciende de allí en figura de paloma y viene á posarse sobre la cabeza de aquel á quien una voz sublime y divina, emanada del cielo, proclama Hijo único del Padre celestial por medio de estas expresivas palabras: He ahí á mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias; escuchadle.

Hasta aquí no es Jesucristo el Hombre-Dios quien obra, sino la omnipotencia del Padre celestial que por medio de estos prodigios recuerda á las hombres que los tiempos predichos por los profetas están cumplidos, que los días de la misericordia divina han llegado, que la atención de todas las almas debe concentrarse en el Verbo divino, enviado á la tierra por la bondad infinita del Omnipotente.

Los santos Evangelios dividen la vida de Jesucristo en dos épocas perfectamente distintas. Los treinta primeros años de su vida deslízanse en Nazareth, en donde vivió en la obscuridad y en el retiro más profundo al lado de María y José. Durante este periodo, sólo una vez vemos aparecer á Jesús en público; cuando á la edad de doce años

y durante las fiestas de la Pascua, se sustrajo á las pesquisas de sus padres y se quedó en el templo de Jerusalén. El santo Evangelio no nos dice de él sino que era obediente á María y José. A esta época de su vida es á la que comunemente llamamos la vida privada de Jesucristo en Nazareth. Llegado á los treinta años, empezó su carrera evangélica, esa vida de predicación y de milagros, que terminó con su último suspiro en la cruz.

La historia del santo Evangelio nos ofrece el cuadro más admirable, más asombroso. Nos presenta á Jesucristo como dueño soberano de la naturaleza entera, cuyas leyes suspende ó altera según su beneplácito y voluntad. Cada página y casi cada línea de aquel libro divino nos refieren hechos á cual más maravillosos, que testimonian todos el poder supremo de Jesucristo. No me detendré, hermanos míos, en relatarlos uno á uno, aunque os invito á que los estudiéis por vosotros mismos en aquella fuente sagrada; me propongo sólo someter á vuestra consideración algunos de los más notables.

Empecemos, pues, por el primero de los realizados en público y del cual fueron testigos los apóstoles. San Juan lo refiere en estos términos: «Celebrábase bodas en Caná, en Galilea, y la Madre de Jesús estaba en ellas. Jesús fué también convidado á las bodas con sus discípulos; como llegara á faltar el vino, la Madre de Jesús dijo á éste: No tienen vino. Jesús le respondió: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Mi hora no es aún llegada. Su Madre dijo á los que servían: Haced todo lo que él os diga. Había allí seis grandes urnas de piedra que servían para las purificaciones, en uso entre los judíos, cada una de cuyas urnas era de capacidad de dos ó tres medidas. Jesús les dijo: Llenad las urnas de agua, y las llenaron hasta arriba. Llenas que fueron las urnas, les dijo: Sacad ahora, y llevad de esa agua al maestresala, y ellos le llevaron; el maestresala, una vez que hubo gustado aquel agua convertida en vino, no sabiendo de dónde procedía aquel vino, aunque los criados que lo habían sacado de las urnas llenas de agua lo sabían muy bien, llamó al esposo y le dijo: Todo hombre sirve primero el vino bueno, y después que han bebido mucho, sirve del que vale menos; pero tú has reservado el vino bueno hasta ahora. Este fué el primero de los milagros de Jesús, y con él manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él.»

¿Qué relato tan sencillo, hermanos míos, pero de cuán admirable manera todas las circunstancias que refiere concurren á demostrar la verdad! Los criados echan por sí mismos el agua y llenan las urnas hasta arriba. No se ha podido, pues, mezclar con el agua vino, ni suponer que ya lo hubiese allí. Este vino fué calificado de excelente;

abunda cuando hasta entonces se carecía de él. Era un vino que Arquitrícula desconocía hasta que se lo dieron á gustar, y ésta se admira de que el esposo lo haya reservado para una hora en que el gusto de los convidados no estaba ya en disposición de apreciar su buena calidad. La concurrencia á las bodas era numerosa, tal vez mayor de lo que se esperara, pues que el vino llegó á faltar. El milagro es sabido de todo el mundo, y confirma en la fe á los nuevos discípulos de Jesucristo. Es preciso haber declarado guerra á la verdad y no buscarla, para no rendirse ante todas estas pruebas. Sería necesario negar á Dios el poder de hacer milagros, para poner en duda la certeza de éste.

Hallábase Jesucristo en Cafarnaum, cuando los discípulos de Juan el Bautista vinieron á anunciarle el martirio de su maestro; los apóstoles regresaban de la misión que les había confiado, y quería darles algún descanso. «Esta casa, les dijo, está siempre llena de gentes que vienen en busca de mí; los enfermos piden su curación, los presos su liberación; yo no puedo rechazar ni contristar á nadie. Apenas se han marchado los unos, cuando los otros les suceden. No nos dejan tiempo, ni para comer, ni para descansar. *Erant enim qui veniebant et redibant multi, et nec spatium manducandi habebant.* (S. Marc., 6, 31.) Venid, seguidme á cualquier lugar no frecuentado, en donde podamos gozar reunidos las dulzuras de la soledad. *Venite seorsum in desertum locum, et requiescite pusillum.*» Ordena, pues, á sus apóstoles que preparen una de sus barcas, y entra con ellos en la misma. Arribados felizmente al otro lado del lago Tiberiades, desembarcan en una extensa llanura del término de Bethsaida, lugar muy á propósito para los designios de Jesús; pero la noticia de la marcha no se había guardado perfectamente secreta, y cuando llegaron á aquellos lugares, de ordinario solitarios, halláronlos llenos de una multitud inmensa, hombres, mujeres y niños, que habían acudido allí de las aldeas cercanas, los unos para ser curados de sus enfermedades, los otros para presenciar los milagros que esperaban habían de realizarse.

Jesucristo, en cuanto desembarcó, retiróse con sus apóstoles á un monte vecino, y estuvo allí hablando con ellos durante algún tiempo. Luego, y habiendo vuelto á bajar al llano, vió con complacencia aquella muchedumbre de gentes que le seguían con tanta pena y ardimiento; tuvo compasión de aquellas gentes y curó sus enfermos. Pasó el resto del día instruyendo á la multitud; pero habiendo venido la noche, los apóstoles acercáronse á Jesús y le dijeron: Maestro, este lugar es desierto, y la hora ya avanzada; despíde estas gentes,

para que se vayan á las aldeas y compren de comer. Jesús les dijo: No hay necesidad de despedirlos ni de que se vayan; dadles vosotros mismos de comer. Y dirigiéndose particularmente á Felipe, le preguntó: ¿Dónde podríamos comprar pan suficiente para dar de comer á toda esta muchedumbre? Mas díjole esto para probarle, pues él sabía muy bien lo que tenía que hacer. Felipe le contestó: Aun cuando tuviéramos todo el pan que se puede comprar con doscientos denarios, no habría bastante para dar á cada uno siquiera un bocado. Jesús replicó: ¿Cuántos panes tenéis ahora aquí? Vé á informarte. Hecha la averiguación, Andrés, el hermano de Simón Pedro, volvió á decirle: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero, ¿qué es eso para tanta gente? Jesús les dijo: Hacedles sentar sobre la verde yerba por grupos de á cincuenta personas; y después que estuvieron sentados, tomó Jesús los panes, dió las gracias, y los distribuyó á los discípulos, quienes los distribuyeron, á su vez, á los que estaban sentados, y les dieron también de los dos peces tanto como quisieron comer. Después que todos quedaron saciados, dijo Jesús á sus discípulos: Recoged los pedazos que puedan haber sobrado, á fin de que nada se pierda, y habiéndolos reunido, llenaron doce espuelas de los pedazos de los cinco panes de cebada que habían sobrado, después que todos cenaron. Los que comieron de aquellos panes eran en número de cinco mil hombres, sin contar las mujeres y niños.

Toda aquella gente que había presenciado el milagro realizado por Jesús, decía: Verdaderamente, éste es el profeta que había de venir al mundo. Pero Jesús, sabiendo que le buscaban para apoderarse de su persona y proclamarle rey, hizo subir á sus discípulos en la barca que les había conducido y les ordenó que pasaran al otro lado del lago. El huyó solo á la montaña y se retiró allí para orar.

Jesucristo renovó segunda vez este milagro de la multiplicación de los panes en favor también de una muchedumbre, que había merecido este rasgo de su misericordia por la constancia con que le siguiera durante tres días. He aquí cómo nos refieren los santos Evangelios este segundo milagro: «Transcurrieron dos meses después del primer milagro; Jesucristo acababa de recorrer las cercanías de Tyro y de Sidón. Llegado á las orillas del mar de Galilea, á las fronteras de la Decápolis, predicó en el país; bien pronto grandes muchedumbres del pueblo vinieron á encontrarle allí, trayendo consigo mudos, ciegos, sordos, cojos, lisiados y otros muchos enfermos que pusieron á los pies de Jesús. Este los curó, y toda aquella gente admirada de que hablasen los mudos, anduvieran los cojos, vieran los ciegos y que-

daran curados los lisados, daba gracias al Dios de Israel y bendecía á Jesucristo, exclamando en los transportes de su entusiasmo: Hizo cosas bien admirables; hace oír á los sordos y hablar á los mudos: *Bene omnia fecit; et surdos fecit audere, et mutos loqui.*»

Jesús llamó á sus discípulos y les dijo: Ese pueblo me inspira profunda compasión, porque hace tres días que esas gentes están continuamente conmigo, y nada tienen que comer; no quiero despedirlas en ayunas, no sea que algunas desfallezcan en el camino. Sus discípulos, que habían olvidado el milagro hecho por Jesús dos meses antes, respondieronle según lo hicieran la primera vez: ¿Cómo podremos nosotros encontrar en este desierto bastante pan para alimentar á una tan grande multitud de personas? Dijoles Jesús: ¿Cuántos panes tenéis? Siete, le respondieron, y algunos pocos peces. Mandó entonces al pueblo que se sentara, y tomando los siete panes y los peces, después de haber dado gracias, los partió y los dió á sus discípulos para que los distribuyeran al pueblo. Todos comieron y quedaron hartos, y de los pedazos que sobraron se llenaron siete espuestas. También en esta ocasión los que comieron de los siete panes y de los peces eran cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y niños.

He aquí, hermanos míos, un milagro para demostrar la verdad del cual no falta ninguna clase de testimonios, y cuya repetición es prueba evidéntísima del inmenso poder de Jesucristo. En una circunstancia, los apóstoles advierten á Jesús de que es llegada la noche; que aquel pueblo, que desde la mañana le acompaña, debe estar agobiado por la necesidad; que es tiempo de despedirlo, para que busque de comer. En la otra, el mismo Jesucristo es quien se muestra intranquilo por las necesidades de una muchedumbre que le si que tres días consecutivos, y que no tiene nada que comer. La escasez, la penuria, están comprobadas. Jesús propone á sus apóstoles que compren pan, que adquieran provisiones. Pero, ¿dónde encontrar uno y otras? Hallábanse en un desierto, y además, aun con una crecida suma de dinero no habría lo bastante para dar á cada persona una porción mínima de pan, insuficiente en absoluto para aplacar el hambre. Después de una minuciosa investigación, acabase por encontrar cinco panes de cebada y dos peces en la primera ocasión, y siete panes y algunos peces pequeños en la segunda. Esto era, pues, lo que había para aplacar el hambre y dejar saciados cinco mil hombres una vez, cuatro mil la otra, sin contar las mujeres y niños que, en ambas llegarían por lo menos á un número igual al de los varones; es decir, á dos muchedumbres compuestas de unas diez y ocho mil almas aproximadamente.

Jesucristo ordena á los apóstoles que hagan sentar al pueblo sobre la yerba, y lo distribuyan en grupos de cincuenta personas. De este modo se evitaba la confusión, pero también quedaba expuesto á los ojos de todo el mundo cuanto había de maravilloso en el prodigio, y la posición tranquila de aquel pueblo sentado sobre la yerba, sin que nadie abandonara su sitio, ponía la verdad ó la falsedad del milagro en absoluta evidencia. Los mismos doce apóstoles, que han dudado de los medios de satisfacer tantas necesidades, son otros tantos inspectores de lo que va á suceder, á los cuales, á más de muy difícil, hubiera sido peligroso engañar.

Después que todos han comido, se procede á recoger los restos. Este es un medio seguro para cerciorarse de la abundancia, porque es preciso que todo el mundo haya quedado plenamente satisfecho para dejar residuos, y los apóstoles llenan siete espuestas en una ocasión, doce en la otra, de lo que el pueblo ha dejado. ¿A quién, pregunto yo, á quién pueden dejar el menor asomo de incredulidad aquellas doce, aquellas siete espuestas llenas de los restos de la comida? El pueblo, admirado de prodigio tan sorprendente, y en el cual tan interesado estuviera, no duda ya de que Jesús es el profeta por excelencia que Dios le ha prometido, el que debe suceder á Moisés, el Mesías, y quiere proclamarle rey, porque el Mesías, según las ideas del pueblo, debía reinar sobre Israel, como David y Salomón. Nueva y decisiva prueba del milagro y de la impresión que en todos los ánimos había producido.

Ningún hecho, hermanos míos, más auténticamente comprobado y atestiguado que esta multiplicación de los panes realizada por Jesucristo en dos ocasiones diferentes. Todas las precauciones posibles se han tomado para que no quedara el más leve resquicio por donde pudiera achacarse el prodigio á supercheria ó ilusión. El hecho es repetido en dos ocasiones distintas, y en ambas fueron testigos presenciales de él unas diez y ocho mil personas. ¿Queréis todavía un testimonio más? El mismo Jesucristo nos lo dará. Al día siguiente del primer milagro, trasladóse Jesús á Cafarnaum. El pueblo de la vispera alcanzóle allí, lleno aún de admiración hacia él. Jesucristo, que no veía ya en aquella muchedumbre los sentimientos de que debiera estar animada, le dirigió este reproche: Vosotros me buscáis, no por los bienes espirituales que deberíais esperar de mí, á causa de los milagros que me habéis visto hacer, sino porque os he dado pan que comer y habéis quedado hartos: *Queritis me, quia manducastis ex panibus, et saturati estis.*

No hay posibilidad de cerrar los ojos ante una evidencia tal, ni

de obscurecer un milagro que apenas puede considerarse más que como una creación de la cantidad de pan necesaria en ambas circunstancias. Y no olvidemos, además, que en las cercanías de Bethsaida, cuando el primer milagro, se presentó á Jesucristo muchedumbre de enfermos; que, en las playas del mar de Galilea, las multitudes del pueblo que allí fueron en busca de Jesús, llevaron consigo cojos, ciegos, sordos, mudos, estropeados y muchos otros enfermos; que él los curó á todos, y que aquel pueblo le aclamó con transportes de admiración, diciendo: Bien ha hecho éste todas las cosas; ha dado oído á los sordos, vista á los ciegos, habla á los mudos. De suerte que aquí no es sólo el milagro de la multiplicación de los panes y los peces el que resulta comprobado hasta la evidencia, sino también las innumerables curaciones milagrosas, que resultan asimismo indudables, como indudable aparece también que Jesucristo es el Mesías, que es el hijo de Dios, en todo igual á su Padre; primero, porque hace obras que sólo Dios es capaz de realizar; después, porque él se proclama á sí mismo Hijo de Dios, y porque dice que todo el que crea en él tendrá la vida eterna, y que él resucitará en el último día á los que hayan venido á él, después de haber sido elegidos por el Padre celestial. Jesús demuestra estas verdades ocultas por medio de sus milagros públicos; protesta que estos milagros son el signo exterior y el sello de aquellas verdades; y como no es posible resistir á la evidencia de un prodigio manifiesto y público, debe escucharse con absoluta docilidad la doctrina que en tal prodigio se apoya y á la cual sirve de prueba.

Acabamos de ver que, cuando la primera multiplicación de los panes en las orillas del mar de Tiberiades, Jesucristo ordenó á sus apóstoles que entrasen en la barca y pasaran á la orilla opuesta del lago, y que él se retiró á la montaña y pasó allí la noche en oración. Los apóstoles navegaron con gran trabajo para volver á Cafarnaum; porque, además de las tinieblas de una noche obscurísima que por todas partes los envolvían, se levantó un fuertísimo viento contrario á la dirección en que iban los navegantes. A pesar de todos sus esfuerzos, la barca era arrastrada hacia alta mar, y tan rudamente combatida por la tempestad, que después de un trabajo de diez ó doce horas, al principio de la cuarta vigilia, es decir, al amanecer, habían apenas recorrido una legua. Desde lo alto de la montaña veía Jesús la crítica situación de sus discípulos y leía en sus corazones. Bastante los había experimentado ya; determinó, pues, marchar en su socorro. De pronto aparecióse á la vista de los apóstoles, marchando tranquilamente sobre el mar. Vieron ellos un hombre que cami-

naba aceleradamente sobre la superficie de las aguas, y que, sin detenerse, cuando estuvo á muy poca distancia de la barca, parecía querer adelantarse á ella. Y era que Jesús les había dicho que les esperaba á la altura de Bethsaida y haría con ellos el viaje á Cafarnaum. Pero los apóstoles, olvidados en aquellos momentos de espanto y de agitación, de la promesa, del poder y milagros de Jesús, y viéndole caminar sobre las aguas, le tomaron por un fantasma. Comunicáronse unos á otros sus temores y empezaron á gritar. Jesús les dijo: Yo soy, reconoced mi voz y tranquilizaos. Pedro, completamente tranquilo con estas palabras, exclamó: ¡Ah, Señor, pues que sois vos á quien yo oigo, ordenad que yo vaya á vos, marchando sobre las aguas, como veo que vos lo hacéis. Ven, le dijo Jesús, yo lo quiero. Pedro, al oír esto, se arrojó al mar. Y marchó sobre las aguas, sin pensar en otra cosa que en alcanzar al Salvador. No temió nada, y no se sumergió. Iba ya á tocar á Jesús, cuando le sorprendió una furiosa racha de viento; acordóse entonces de que caminaba sobre el agua; tuvo miedo; su confianza se debilitó. En aquel instante el mar se abre bajo sus pies; se sumerge; siente que va á perecer. ¡Ah, Señor! dice á Jesús, salvadme, estoy perdido. No, le dice el Señor, tomándole de la mano y sosteniéndole, no, tú ni perecerás; pero, hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? Llévete, pues, Jesús hasta la barca, y entraron ambos en ella. Aún no estaban los apóstoles completamente seguros de que no fuera un fantasma el hombre que vieron pasar al lado de la barca caminando sobre las aguas; pero la presencia de Jesús en ella acabó de tranquilizarles, y prosternándose á sus pies le dijeron, adorándole con profunda veneración: Vos, Señor, sois verdaderamente el hijo de Dios. Apenas se hubo Jesús reunido con sus apóstoles, el viento contrario se aplacó, la mar recobró la tranquilidad, y los navegantes llegaron en breve á Cafarnaum.

No era esta la primera vez que Jesucristo manifestaba su dominio sobre el voluble é indomable elemento líquido. Algunos meses antes, y poco después de la institución de los apóstoles, hallábase Jesús en Cafarnaum, en casa de Pedro, y refiere el santo Evangelio que dicha casa estaba atestada y rodeada de una muchedumbre tal, que ni Jesús, ni sus apóstoles disponían siquiera del tiempo necesario para hacer su comida: *Et conveni iterum turba, ita ut non possent neque panem manducare*. Jesucristo quiso satisfacer la avidéz que de escuchar su doctrina mostraba la muchedumbre; salió, pues, de la casa, y condujo la multitud á la orilla del mar de Galilea. Pero, cuando llegó á la playa, había engrosado el número de los que le seguían de tal suerte, que le oprimían por todas partes, hasta hacer temer que

le ahogaran. Subió Jesús á una barca con sus discípulos, y desde allí predicó á la multitud todo aquel día. Llegada la noche, mandó á los apóstoles que le pasaran á la orilla opuesta, donde estaba el país de Gerasa. Durante la travesía, Jesucristo se durmió con profundo sueño en la popa de la barca, y tenía la cabeza reclinada sobre una almohada. En el trayecto levantóse un furioso torbellino de viento, y las olas alborotadas golpeaban con violencia la débil embarcación, la que estaba á punto de sumergirse. Los apóstoles, atemorizados ante peligro tan inminente, despertaron bruscamente á Jesús y le dijeron: Señor, nos hallamos en el mayor peligro, y ni siquiera os cuidáis de ello. Salvadnos, ó de lo contrario somos perdidos. Hombres de poca fe, les dice Jesucristo, ¿qué teneis que temer yendo en mi compañía? Al momento se levantó, y con voz fuerte y gesto imperativo ordenó á los vientos y á las aguas que se calmaran. A la primera intimación, el viento cede, el mar se apacigua, las olas dejan de agitarse y todo entra en la mayor calma. Y bien, dice á los apóstoles, ¿teniais motivo para temblar? ¿Qué se ha hecho de vuestra fe? Este nuevo milagro excitó la admiración de los apóstoles, de los marineros y de los pasajeros de otras muchas barcas que, haciendo la travesía con la de Jesús, habían corrido el mismo peligro. No acertaban aquellas gentes á salir de su estupor, y decíanse maravillados unos á otros: ¿Qué pensar de este prodigio? ¿Quién será este hombre al cual hasta los vientos y el mar obedecen? *Qualis est hic, quia venti et mare obediunt ei?*

Todo, en el relato de estos dos prodigios, ofrece los caracteres de la verdad más completa y de la ingenuidad más sincera. En primer lugar, están escritos por testigos oculares, hombres desinteresados, que saben que su fidelidad en testimoniar estos hechos no puede reportarles otra cosa que persecuciones, y que todos ellos han sufrido tormentos y la muerte misma por testificarlos. Jesucristo, cuando el primer milagro, cuando ordenó á sus apóstoles que se embarcaran y atravesaran el mar de Tiberiades, fué visto por todo el pueblo al retirarse á la montaña donde pasó la noche. Así que, al verle el pueblo al día siguiente en Cafarnaum con sus apóstoles, le preguntó admirado cómo había pasado á la otra orilla. *Rabbi, quando huc venisti?*

Ninguna de las circunstancias que concurren en estos dos milagros ocurre naturalmente á la imaginación. Caminar sobre las aguas, cuando el mar está agitado por una violenta tempestad, no se imagina; se fingiría mejor el haber volado por los aires, el haber sido transportado por un ángel. La petición de San Pedro de poder marchar también sobre las aguas, para ir á reunirse con Jesucristo, no pudo

fundarse sino en lo que el apóstol estaba presenciando, y en la persuasión en que estaba, además, del poder infinito de Jesús. Y en caso de haber simulado este apóstol la marcha sobre las aguas, no se habría fingido que tuvo miedo del viento, y que este mismo temor le hacía sumergirse. Si el hecho no hubiese sido cierto y público, escrito el Evangelio en una época en que San Pedro era el jefe de la Iglesia, en que la reputación y autoridad de éste eran necesarias á la Iglesia, el Evangelio no hubiera conservado el reproche que le dirigió Jesucristo, llamándole hombre de poca fe; se habría guardado muy bien de decir de todos los apóstoles juntos, que no habían comprendido nada en el milagro de la multiplicación de los panes, porque su corazón estaba ciego, y que, en aquella ocasión, mostráronse menos sensibles y agradecidos que el mismo pueblo, el cual, por reconocimiento y por interés, tuvo deseos de proclamar á Jesucristo rey.

En la narración del segundo milagro, brillan también la misma ingenuidad, la misma sencillez. Si algo puede inventarse y fingirse, no es seguramente el que los vientos y el mar sean capaces de escuchar la voz de un hombre, y que entren en completa calma ante la amenazadora voz de ese mismo hombre que les impone silencio y quietud. Menos aún puede simularse el reproche que á los apóstoles hizo Jesús de carecer de fe, al atemorizarse ante un tan grave peligro, ó por haber creído que, dormido Jesús, no tenía conocimiento del tal peligro ó era indiferente ante él. Añadamos á estas consideraciones el testimonio de los apóstoles presentes, envueltos en el mismo peligro, consternados, testigos de la tempestad y de la calma, llenos de espanto primero y de admiración después, y que refieren el prodigio con una sinceridad admirable, sin tratar de justificar sus temores, sin omitir el reproche de su maestro, sin excusarse con el sueño de éste y con la angustiosa necesidad de interrumpirlo. Á más de los apóstoles había también otros testigos de este hecho. Muchas barcas navegaban cerca de la que iba Jesús por el mar de Galilea. Los tripulantes, los pasajeros que estas barcas conducían, salváronse del naufragio al mismo tiempo y por el mismo prodigioso medio que los apóstoles. Muchos, la inmensa mayoría, la casi totalidad de estos testigos, vivían aún, cuando se escribió y publicó el Evangelio. Ninguno de los hechos relatados en él ha sido negado por los contemporáneos. Luego, son hechos reales y verdaderos, y sencillísimo es calificarlos de tales.

Trocar el agua en vino; alimentar, hasta saciarlas, diez y ocho mil personas con doce panes; marchar sobre las aguas de un mar alborotado; calmar, con sólo una palabra, los vientos furiosos; apaci-

guar las olas encrespadas de un mar batido por la tempestad, son otras tantas obras que están muy por encima de todos los límites del poder humano, y que sólo puede realizarlas el Ser infinito que ha creado, conserva y rige todas las cosas.

Jesucristo hizo todo esto; luego, Jesucristo es Dios. Sí, hermanos míos, Jesucristo es Dios. Dejemos á aquellos marineros, á aquellos pasajeros que no le conocían, exclamation, en su admiración y estupor: ¿Quién será ese hombre á quien el mar y los vientos obedecen? Nosotros, animados de una fe tan ilustrada como firme y constante, digamos: *Vere filius Dei es.* ¡Oh, Jesús! Vos sois el Hijo único de Dios Todopoderoso, Dios en todo igual á vuestro padre; yo os adoro con todo el fervor de mi alma; en vuestra soberana bondad pongo toda mi confianza. Permitid, Señor, que implore los efectos de aquella protección que hicisteis sentir á tantos desgraciados en los breves días de vuestra vida mortal. Vos, Dios mío, habéis salvado á vuestros apóstoles del naufragio, calmando, con una sola palabra, las olas del mar embravecido. Guardadme, divino Salvador, guardadme también á mi, misero navegante por el proceloso mar de este mundo. Calmad estas pasiones que me agitan como vientos furiosos; que vuestra gracia, sin la cual nada puedo, me sostenga y fortifique contra los peligros y tentaciones de esta vida; que me inspire y encienda en mi corazón el fuego de vuestro amor, de un amor de sacrificio y de acción, por el cual, después de haberos buscado en la tierra, me una á Vos en la bienaventuranza eterna. Así sea.

LOS MILAGROS DE JESUCRISTO

COMO PRUEBAS DE SU DIVINA MISIÓN

Evangelium nuntiavit Joanni quae auditis, et vidistis. Caeci vident, claudi ambulat; leprosi mundantur, surdi audiunt, mortui resurgunt, pauperes evangelizantur.

Id, y contad á Juan lo que habéis visto y oído. Los ciegos ven, los cojos andan; los leprosos son purificados, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres reciben y escuchan el Evangelio.

(S. MAT. c. 11, v. 4 y 5.)

De este modo satisface el Salvador á los discípulos que el Bautista le envía en pública embajada, para saber de su boca si es el Mesías deseado de las naciones, el Dios que debía venir para salvar la Humanidad: *¿Tu es, qui venturus es?* Sin contestar directamente á su pregunta, obra el Señor en su presencia los más estupendos prodigios; sana las enfermedades más rebeldes; arrebatada á la misma muerte su presa; y bien seguro de que el Precursor predilecto, en la dura y tenebrosa prisión que sufría por su amor, no podía sentir un placer más delicioso, una alegría más pura, que el saber la gloria de su Maestro: «Id, dice á los enviados, id y referid á Juan las maravillas que habéis visto y oído. Decidle que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y que el Evangelio es anunciado á los pobres.»

Ved aquí como el Salvador presenta á los discípulos del Bautista la potestad de mandar á toda la naturaleza, como la muestra más angusta de su divina misión, como la señal más infalible de su suprema Majestad, como la prueba más victoriosa de la verdad de su doctrina y de la Religión que vino á establecer en la tierra. Tal es la idea que vengo á exponeros. Imploramos antes los auxilios de la divina gracia. *Ave María.*

Cuando contemplamos el admirable espectáculo del universo; cuando observamos esos globos luminosos, que circulan hace tantos siglos majestuosamente sobre nuestras cabezas con revoluciones ordenadas y constantes; cuando consideramos la prodigiosa fecundidad de la tierra, que el tiempo no ha podido agotar, y que todos los años nos paga con un orden inmutable y la mayor exactitud el tributo precioso de tantos y tan variados frutos; cuando giramos atónitos la vista sobre la inmensa extensión del mar, ó penetramos en sus profundos abismos, en donde juguetean monstruos de enorme magnitud, y se reproducen sin cesar otros varios y delicados peces, que satisfacen nuestro gusto y excitan nuestro apetito; cuando, por fin, examinamos atentamente la maravillosa arquitectura del cuerpo humano, que, por la ajustada simetría de tantas piezas, por la delicadeza y sensibilidad de sus órganos, y por la complicación de sus resortes, es la obra maestra del mecanismo; ¿quién, á vista de tantas maravillas, dejará de conocer al Soberano Señor, que ha criado el universo con su omnipotencia, con su bondad le conserva, le gobierna con su sabiduría, y que se complace en subvenir á las necesidades del hombre, y aun en prodigarle placeres y delicias con rasgos visibles de su Providencia? Por todas partes resuena este grilo de la razón y de la naturaleza; y si nuestro corazón, depravado por las pasiones, puede llegar á hacerse sordo á los clamores de esa voz sonora y majestuosa, un momento de reflexión sobre nosotros mismos, una ojeada sobre las estupendas maravillas del universo, nos conducirán, como por la mano, al conocimiento del verdadero Dios, que ha grabado en todas sus obras con caracteres indelebles las señales más visibles de su poder, y de su grandeza y majestad.

Sin embargo, esta verdad estampada en lo íntimo de nuestro corazón y en todas las criaturas que nos rodean, ha venido á obscurecerse con las nubes de las pasiones y con los sofismas de una vana y absurda filosofía. Sumergido y encenagado el hombre en los placeres sensuales, subyugado por los sentidos, llegó al punto de no ver realidad sino en los objetos que los afectan; fijando sus ojos en los globos luminosos que giraban sobre su cabeza, creyó que la Divinidad residía en estos fuegos benéficos; y el espectáculo del universo, que con su majestuoso silencio anuncia la gloria y grandeza del Señor, sólo sirvió para hacerle olvidar al Ser supremo. Tal fué el origen de la idolatría, que cubrió después toda la tierra con sus sombras pavorosas; de ese culto insensato, que el hombre, no contento de adorar á los astros del firmamento, tributó al fin á todas las criaturas; de esa extravagancia é impiedad, con que incensó y colocó en

el altar al incesto y al adulterio, y erigió templos al amor impuro.

Pero los grandes talentos, los filósofos, los maestros del linaje humano, ¿no estaban más ilustrados que el común de los hombres sobre la naturaleza y los atributos de la Divinidad? No ciertamente; toda la diferencia entre ellos y el pueblo consistía en que eran más presuntuosos y proferían mayores absurdos. La idea magnífica de un Dios criador les era absolutamente desconocida. Los unos creían que el mundo era eterno, y que el género humano existía desde la eternidad, como el mundo; otros, imaginando una masa inmensa de materia, dividida en polvos muy sutiles, agitados por un movimiento que obraba en todas direcciones, hicieron salir de estos átomos y de este movimiento fortuito todas las maravillas del universo; algunos se figuraban un Dios esclavo del destino, sujeto á leyes que él mismo no se había impuesto; finalmente, por no detenerme en referir tales extravíos de una razón delirante, hubo filósofos que lo creían como incorporado con todo el universo, siendo el alma de este vasto cuerpo, y entrando como una parte en la composición del mundo.

¿Y qué medio se opondrá á este desorden del entendimiento del hombre tan vergonzosamente extraviado? ¿Qué hará un Dios benéfico para desviar al hombre del abismo espantoso de errores en que le han precipitado los sofismas de una filosofía insensata, y para conducirle al conocimiento de su Autor? ¿Qué hará el Dios fuerte y omnipotente para subyugar la razón y obligarla á que le tribute los homenajes que le debe y que le niega? ¿Qué hará? Asombrará y confundirá al hombre y á la razón. En efecto; el Señor descarga los golpes más estrepitosos sobre la naturaleza; suspende y modifica sus efectos; quebranta y trastorna el orden y las leyes del mundo físico; obra las más estupendas maravillas; y la misma muerte obedece á su voz restituyendo las víctimas que había devorado, para manifestar el imperio absoluto que ejerce sobre el universo, á hombres que habian admirado más á las criaturas que al Criador y confundido el Artífice con su obra. Al estruendo de tan recios golpes, la razón depone su orgullo y se somete; la filosofía se avergüenza de sus sofismas, que no pueden subsistir á vista de unos hechos marcados sensiblemente con el sello de la Divinidad; la naturaleza, trastornada en sus leyes más constantes é inviolables, reconoce á su Autor y Dios; y el hombre convencido recibe la Religión del Ser Supremo, que triunfa cuando le place de la razón, de la filosofía, de la naturaleza y de la muerte.

Tal es el medio de que Dios se sirviera para autorizar ante los hebreos la divina misión de Moisés, confirmar la pureza de su doc-

trina y consolidar el edificio de su legislación; y tal es la conducta que después observó el Salvador para convencer á los hombres de la verdad de su religión, y atraerlos, del seno del error, al conocimiento del verdadero Dios. En efecto, el Egipto, castigado en su endurecimiento y obstinación con plagas que comenzaban, se extendían y cesaban á la voz de aquel célebre legislador de los judíos; todos los primogénitos de los egipcios, desde el hijo del rey hasta el del esclavo, que perecen en una misma noche, mientras la muerte inexorable perdona las casas de los hebreos, teñidas con la sangre del Cordero inmolado; el mar, que abre sus abismos, y separa en dos montañas sus ondas, para que pase á pie enjuto una inmensa muchedumbre de israelitas, y que vuelve á ocupar su cauce repentinamente, sumergiendo al numeroso ejército de los egipcios, que contando con la victoria, marchaba ufano en medio de las aguas represadas, en seguimiento de los hebreos; la nube que defiende á éstos de los ardores del sol durante el día; la columna de fuego, que los guía y les alumbraba en medio de las tinieblas de la noche; un pan milagroso, que por cuarenta años los mantiene en las arenas de la Arabia; los torrentes de agua, que brotan del seno de las rocas situadas en medio de un árido desierto, y que se precipitan y se derraman por la ardiente arena; estos y otros portentos que Moisés obrara, como instrumento del Señor, en beneficio de los israelitas, son el medio por el cual, así en Egipto como en el desierto, se les hizo familiar la idea de un Dios invisible por su naturaleza; son las armas victoriosas con que el Señor sojuzga, reprime y civiliza este pueblo, compuesto de más de dos millones de personas; propenso al motín y á la rebelión, duro, inconstante é intratable; y con que le reduce á la obediencia de sus leyes, aunque tan severas y rigurosas.

Pero por grandes y extraordinarias que hayan sido estas maravillas, no eran más que unos toscos rasgos de la gloria y del poder de Jesucristo. El ministerio del Hombre-Dios debía ser infinitamente más brillante que el de Moisés, que sólo había sido una imperfecta imagen suya en la cualidad de medianero de la antigua alianza. Observad sus obras, y veréis cómo camina en medio de milagros; cómo dispone á su voluntad de los elementos; cómo los panes y los peces se multiplican en sus manos, y alimenta con ellos á un pueblo numeroso; cómo se abren á la luz ojos por mucho tiempo cerrados; cómo la lengua de los mudos bendice la mano que la pone expedita; cómo á su mandato el moribundo se levanta del lecho de su dolor, y corre á enjugar las lágrimas de su afligida familia; cómo la muerte misma le vuelve la presa que tenía asegurada; y por fin veréis cómo

al oír su poderosa voz, resucitan hasta las cenizas encerradas en los sepulcros. Así es como el Salvador confirma y sella su Divinidad y su misión con testimonios sensibles á todo género de ingenios y de talentos; y con estos rasgos de autoridad sobrehumana obliga á reconocer la mano poderosa y el supremo dominio del Señor de la naturaleza, á aquellos mismos que le habían desconocido en las bellezas encantadoras del universo.

¿Qué podrá realmente oponer á tantos milagros la más proterva incredulidad? Nada; estos prodigios no son de aquellos con que la destreza de un impostor fanático puede deslumbrar la vista del vulgo crédulo; son milagros que participan del carácter de la creación; como la resurrección de los muertos, y el restablecimiento repentino de la salud en los moribundos. No son hechos tales que sea necesario para asegurarse del milagro, recurrir á una academia de ciencias ó á una facultad de medicina, ó poseer profundos conocimientos físicos y comprender las leyes de la óptica; para calificarlos, basta tener ojos y buen sentido. No son prodigios atestiguados únicamente por algunos discípulos interesados en la gloria de su Maestro; son hechos que jamás han puesto en duda sus más implacables enemigos, y que han convertido á la fe del Crucificado á muchos de los más bellos ingenios de Roma y de Atenas. Por fin, no son sucesos aislados é inconexos con otros que nos refieren los fastos de las naciones; ellos han cambiado la religión de los pueblos, sus leyes, su política, sus ideas, sus costumbres y sus sentimientos.

En vano, pues, los incrédulos se esfuerzan por debilitar la brillante é incontestable prueba que ofrecen los milagros en favor de la religión. La voz de Dios, que es imposible desconocer en la violación de las leyes más constantes de la naturaleza, resuena, á pesar de los sofismas de la filosofía, en todos los ángulos de la tierra. Ella anuncia ¿qué digo? ella persuade, mejor que pudiera hacerlo la elocuencia de los más grandes oradores, aquella religión que ha parecido tan cierta, tan evidentemente demostrada, tan sensiblemente grabada con el sello de la Divinidad á los testigos de estas obras portentosas, que no han vacilado en creerla, y aun en morir en su defensa. Así que los milagros son el medio más conducente para convencer á los hombres de la divinidad de la Religión. Es más, hermanos míos, son también los medios que mejor nos revelan la grandeza de Dios.

En efecto, ningún hombre tiene derecho á mandar sobre el entendimiento de otro, ni á exigir imperiosamente su creencia y adhesión á los sistemas y á las opiniones que ha inventado, ó en cuyo fa-

vor se ha decidido, llevado de la propia convicción. Por más alta reputación que tenga de ciencia y de talento, se ve precisado á discutir y razonar con sus semejantes, si quiere atraerlos á su modo de pensar. Tal es el carácter de la filosofía, que estriba precisamente en la fuerza del raciocinio: establece principios, axiomas; deduce las consecuencias que de ellos resultan; alega fuerzas; y á favor de una dialéctica erizada de argumentos, sutilezas ó capciosos sofismas, hace brillar la luz de la verdad, ó la envuelve en una nube de contradicciones artificiosas. Pero Dios no tiene necesidad de estas discusiones para convencer al mundo de la verdad de su doctrina, ni sería conveniente que hablase á los hombres como un sabio que raciocina; es más digno de su grandeza hablarles como un Señor que manda, y que apoya sus leyes y preceptos, no en argumentos, sino en obras de su poder supremo que atestiguan la obediencia que toda la naturaleza presta á su voz.

Tal es la conducta que ha observado Jesucristo: prodiga hechos sorprendentes, suspensiones, derogaciones de las leyes del mundo físico; trastornos de la naturaleza; prodigios sin número y sin fin; pero apenas emplea razonamientos; jamás largos discursos, ni demostraciones, ni disputas, ni controversias. Intima sus leyes, no se detiene en probarlas; los milagros son sus argumentos. Así en el Evangelio, que es la historia del Hombre-Dios, veréis algunas máximas cortas, narraciones sencillas de grandes y magníficos sucesos; pero ningunas reflexiones estudiadas, ni sutilezas, ni fausto de palabras, ni rasgos brillantes de una esmerada elocuencia; todo es sencillez en este divino libro.

Los Apóstoles y discípulos del Salvador emplearon los mismos medios; y mientras los filósofos, con la sabiduría y belleza de sus discursos, y con el aparato imponente de la más pomposa elocuencia, apenas pueden granjearse un corto número de prosélitos, ni extender su imperio fuera del recinto de sus escuelas; los Apóstoles, destituidos de la ciencia necesaria para enseñar, de la elocuencia precisa para agradar, de la filosofía apetecible para razonar y confundir á sus adversarios; apoyados en hechos, no en argumentos, marchan á la conquista del mundo; se presentan intrépidos en medio de las más célebres escuelas y academias; desafían á un tiempo al Liceo y al Pórtico, al Senado y al Arcópago; y se ve al cristianismo florecer en poco tiempo por todas partes. ¡Qué triunfo tan estupendo! Triunfo único en los anales de las naciones; triunfo en que desaparece todo agente creado, y sólo se deja ver la mano del Ser Supremo.

Bien pudiera el Señor haber enviado, en lugar de los Apóstoles,

á algunos ingenios vastos, sublimes y dotados de la más alta penetración y discernimiento, de calor y de elocuencia, á ejecutar la grande empresa de la conversión del mundo. Un Clemente Alejandro, un Tertuliano, un Orígenes, un Cipriano, un Basilio, un Ambrosio, un Crisóstomo, un Jerónimo, por fin un Agustín, que parece haber reunido en sí los talentos distribuidos en todos los demás, ¿qué asombro no hubieran causado en Roma y en Atenas, por su inmensa literatura y erudición, por la fuerza del raciocinio, por la elevación de sus pensamientos, y por la vehemencia y energía de la elocución? ¡Qué imperio no les hubiera dado sobre el ánimo de los pueblos su alta reputación de talento y de saber, unida á una elocuencia brillante é irresistible! ¡Qué conquistas no hubieran hecho á favor de la religión! Sin embargo, Jesús no envía, para reformar el mundo pagano, á estos doctores sublimes, estos filósofos profundos, estos oradores eminentes, estos sabios versados en los secretos de todas las ciencias. ¿Y por qué? Porque anunciada su doctrina por hombres distinguidos por la fuerza del ingenio, de una profunda erudición, y por el don de la palabra, se hubiera podido creer que sus rápidos y prodigiosos adelantos se debían al talento y á la habilidad de los predicadores, y que la religión era obra de la política, y de invención humana. ¿Qué hace, pues, el Salvador? Escoge para ejecutar esta empresa á unos hombres sin educación y sin letras, destituidos de todas aquellas ventajosas cualidades que pueden imponer á la multitud y subyugar los ánimos; imprime al mismo tiempo á su misión el sello de la Divinidad; les reviste de su poder; trastorna, cuando le place, para hacer brillar su ministerio y acreditar su doctrina, el orden de las causas físicas; prodiga los más estupendos milagros; y los pueblos, atónitos al ver tantas maravillas, obradas por hombres oscuros y despreciables según la carne, deponen sus antiguas preocupaciones, y reconocen la divinidad de una religión autorizada con tantos prodigios. Confundida su razón, y subyugadas sus potencias por estos hechos sorprendentes, no ven en ellos más que la mano de Dios, que por estos rayos visibles de su omnipotencia les exige del modo más imperioso la obediencia debida á sus leyes. Los milagros, pues, son á la vez el medio más conveniente para convencer á los hombres de la divinidad de la religión, y el más digno de la grandeza de Dios.

Ved aquí la base sobre qué está fundado el magnífico edificio de la religión: hechos sensibles, públicos y ruidosos, que la envidia no ha podido desacreditar, que el engaño no ha podido falsificar, y que la incredulidad no puede desconocer sin trastornar los monu-

mentos de la historia de todos los pueblos, y sin introducir la más espantosa confusión en los grandes negocios de las sociedades, fundados esencialmente sobre la certidumbre de los testimonios, y sobre la autoridad de la fe pública. Así que, ó no hay en el mundo una verdad histórica y de hecho, ó es preciso admitir los milagros obrados por Moisés, por Jesucristo y sus Apóstoles; ó es preciso devorar el mayor absurdo de que es capaz una cabeza delirante, adoptando el más rígido escepticismo acerca de los hechos más incontestables; ó se ha de confesar, que nada hay más bien probado, nada más indudable, que la divinidad de la religión cristiana.

¿A qué siglo, católicos, estábamos reservados? ¡Parece que no hay saber, ni talento, ni filosofía sino para emplearlos en impugnar las verdades más angustas con las armas de una crítica audaz é impial! ¿Qué época la nuestra, en que los apologistas del cristianismo se ven precisados á refutar argumentos fundados, no en principios luminosos, sino en las reglas arbitrarias de una lógica absurda é insidiosa, inventada por las pasiones, para inutilizar las leyes de un ajustado raciocinio! Pero en vano atacan los incrédulos una religión contra la cual no es dado al hombre prevalecer; sus objeciones, tan sabias en la apariencia, no son más que error y vanidad; sus sistemas insubistentes pasarán como el hombre que los inventa; y la palabra de Dios permanecerá siempre como su Autor, y saldrá de todos los combates más resplandeciente y pura. Nada importa, pues, que todo se desencadene; que el infierno abra sus puertas espantosas, inspire su furor á las naciones y los pueblos formen coaliciones vanas; que los filósofos reunan sus esfuerzos y sus argumentos capciosos; pues la religión, más fuerte que el mundo y el infierno mismo, más sabia que los filósofos; la religión triunfante por los milagros del mundo, del infierno y de los sabios del siglo, disipa los consejos de las naciones, prevalece sobre los pensamientos de los pueblos y destruye los sistemas de los filósofos. Inmóvil sobre el fundamento indestructible de estos hechos maravillosos, como una roca en medio del Océano, podrá verse batida por las olas de la tempestad, pero jamás será derribada de la base eterna sobre que descansa. Refugiémonos, pues, católicos, en este asilo seguro é invencible, desde donde, libres de las borrascas de un mundo agitado, después de haber visto de lejos naufragar todas las sectas, una en pos de otra, en medio de las olas amotinadas de un mar tempestuoso, pasaremos, sin temor de extraviarnos ni de perdernos, al puerto de salvación de los predestinados. *Amén.*

MISIÓN DE JESUCRISTO MANIFESTADA

EN LA PARÁBOLA DEL SAMARITANO

Spiritus Domini super me, eo quod unxerit Dominus me ut mectere contritis corde, et consolaver omnes lugentes.

El Espíritu del Señor, sobre mí, por que me ungió el Señor para medicinar á los contritos de corazón; para consolar á todos los que lloran.

(ISAÍAS, c. 61, v. 1 y 2.)

En el nombre y en la persona del Mesías que iba á venir, pronunció el Profeta estas dulces y tiernas palabras; y así fueron una revelación anticipada, que manifestaba de antemano el espíritu, el objeto, la importancia y las ventajas de la misión de Jesucristo en este mundo.

Por esto Jesucristo en la Sinagoga de Nazaret, al desenrollar el pergamino que se le entregó para su lectura y explanation, leyó en alta voz los dos versículos que acabáis de oír, del profeta Isaías, añadiendo luego: «hoy se ha cumplido esta escritura delante de vosotros. Yo cumplo lo que Isaías vaticinó, enseñándoos que ha llegado el tiempo de la misericordia, de la libertad santa y de la eterna salud.»

Ese amable Salvador vino en seguida á decir El mismo á decir El mismo á sus Apóstoles: «Como mi Padre me ha enviado, yo os envío.» Y por ese medio nos ha hecho comprender que en la sucesión de los siglos, la misión de los Pastores, ministros del Evangelio, es exactamente la misma que la misión de Jesucristo, fundador de la Iglesia. Es decir, que el sacerdote sólo recibe la unción divina del Espíritu Santo para continuar en el mundo la misión de amor que el Salvador comenzó acá abajo, y que, á ejemplo de su divino modelo, el sacerdote, como tal, no debe dominar por la fuerza, sino ganar los corazones por la caridad: que no debe ser el ministro de la justicia y de los castigos, sino el ángel de la misericordia y del perdón; en una palabra, que está destinado para curar á sus semejantes de todos sus males, y ase-

gurarles la verdadera libertad, los verdaderos consuelos, la verdadera felicidad. *Spiritus Domini, super me, etc.*

Mas no fué suficiente para Jesucristo el delegar á sus Apóstoles y á sus sucesores esa preciosa é interesante misión, sino que quiso también presentarla como en acción y en un cuadro vivo en la deliciosa parábola del Samaritano. Vamos á meditarla atentamente, hermanos míos. *Ave María.*

La palabra *Jerusalén*, hermanos míos, significa *la visión de la paz*; y la palabra *Jericó la luna*. Así en la parábola que trato de explicar, la ciudad de Jerusalén representa el estado de inocencia en que el hombre gozaba la paz y el reposo del alma, y la ciudad de Jericó figura el estado de nuestra carne después del pecado. Porque así como la luna tiene diferentes fases, del mismo modo nuestra carne, por causa del pecado, nace en la miseria, crece en el padecimiento, envejece en el dolor, y desaparece por la muerte. Esas afinidades y esas interpretaciones, nos han sido suministradas por San Agustín.

El viajero de la parábola, que trasladándose desde Jerusalén á Jericó, cayó en manos de unos ladrones, es, según San Agustín, Adán y toda su raza; es la humanidad entera que por el pecado ha salido de la verdadera Jerusalén, de la visión de paz, del estado de gracia en que se está en comunicación y en unión de Dios, para pasar á Jericó, para comenzar á vivir la vida del pecado, esa vida que, como el astro de la noche, es mudable, inconstante y sujeta á faltas.

Los ladrones en cuyas manos cayó el desgraciado viajero, son, dice San Ambrosio, los ángeles de las tinieblas, en cuyas manos ha caído la humanidad, por no haber buscado en Dios su fuerza y su apoyo.

Se dice en la parábola que los ladrones, después de despojar al viajero de todo cuanto llevaba, después de haberle maltratado á golpes, le dejaron en medio del camino cubierto de heridas y exánime.

Pues bien; los malos espíritus han hecho otro tanto con el hombre que ha caído en su poder. Le han despojado, dice San Ambrosio, de su túnica de inocencia y de todos los adornos de la gracia espiritual. Le arrebataron, dice San Agustín, todas las costumbres virtuosas que forman los verdaderos adornos del alma. Le arrebataron, en fin, dice San Juan Crisóstomo, el principio de la inmortalidad del cuerpo y el derecho á la candidatura del cielo. Consumaron ese despojo sacrilego, dice también San Agustín, ofendiendo profundamente al alma humana en sus más nobles facultades, en su libre arbitrio, cubriéndola de las asquerosas llagas del pecado, porque los pecados,

dice el venerable Beda, son verdaderas llagas que alteran, que desfiguran la integridad del alma, como las llagas alteran y desfiguran la integridad del cuerpo.

El sacerdote y el levita que pasan junto al desgraciado viajero herido y moribundo, no se compadecen de su suerte y prosiguen su camino sin prestarle el menor socorro, significan, según San Juan Crisóstomo, la esterilidad del sacerdocio transitorio de Aarón, y la ineficacia de la ley mosaica para curar las heridas y las enfermedades de la humanidad caída. Según otros intérpretes, se puede pensar también que ese sacerdote y ese levita figuran á los sacerdotes y filósofos paganos, que conocieron de cerca las miserias y las llagas de la humanidad, pero que, en vez de hacerlas desaparecer, contribuyeron á que fuesen más profundas é incurables por las infamias y los horrores de sus supersticiones, y por sus doctrinas vanas y estériles, cuando no funestas á las costumbres por su licencia.

¡Oh, cuán bien representa á la humanidad entera ese pobre viajero, despojado, despedazado á golpes, perdiendo con su sangre el resto de sus fuerzas, atormentado por el dolor de sus heridas, impotente para levantarse, y próximo á expirar sin remedio y sin auxilio!... Es con razón, según opinión de San Agustín, la imagen de la humanidad herida por la falta primitiva y por sus faltas actuales, yacente sobre el camino que podría conducirla á la vida, pero impotente para levantarse de su corrupción, incapaz de procurarse por sí misma los auxilios espirituales, y sin esperanza de obtenerlos de otro, no descubriendo otra perspectiva que la de la desesperación y la muerte eterna.

Mas acordémonos, hermanos míos, que cuando los judíos en su sacrilega audacia, dijeron al Salvador del mundo: «Sois un samaritano y un poseído,» Jesucristo, con un tono de dulzura y de paciencia infinita, les respondió: «No, yo no estoy poseído del demonio.» Así, como observa Orígenes, de los dos insultos que fueron dirigidos á nuestro amable Salvador, no rechazó más que uno solo, el segundo; dejó subsistente el primero; no rehusó el ser tratado de samaritano, y aun aceptó ese insulto como un título de honor y como su nombre verdadero.

En efecto, la palabra *Samaritano* significa *guarda ó custodio*. ¿Cómo, pues, el Dios de bondad podría rechazar esa calificación, Él, de quien el Profeta había dicho que vela siempre sobre su pueblo, que no suspende jamás, ni por un instante, su tierna solicitud, y que le protege y conserva con amor como á la pupila de sus ojos?...

«No es, pues, dudoso, dice San Agustín, que en el Samaritano del

Evangelio, Jesucristo ha querido pintarse y representarse á sí mismo, y ved cuán bien el retrato representa al original.» Se ha dicho del Samaritano que viajando por el camino de Jerusalén á Jericó, y encontrando al desgraciado herido, se aproximó á él con su cabalgadura, y viendo el lastimoso estado en que le habían dejado los bandidos, se compadeció de él.

«¿Es posible, dice San Ambrosio, leer estos pormenores sin recordar que el Verbo divino descendido del cielo, y haciendo por su humanidad el mismo viaje que el hombre, se compadeció de él, en el lamentable estado en que le encontró, se aproximó á él, y le hizo experimentar los efectos de su misericordia?» La cabalgadura en que el Samaritano llegó junto al moribundo viajero, significa, según un gran número de intérpretes, la naturaleza humana, por la que el Verbo de Dios se dignó venir hasta nosotros. Si, sobre la humilde cabalgadura de su humanidad, tan frágil y tan sujeta á padecer como la nuestra, en calidad de hijo del hombre, como Él mismo lo dice, el verdadero Samaritano, el verdadero amigo del hombre, vino en busca del hombre para salvarle.

El Samaritano de la parábola no se limitó á estériles movimientos de compasión para con el infortunado herido, sino que, desmontándose de su cabalgadura, se inclinó sobre él, le alentó, le consoló, lavó y curó sus heridas, derramando sobre ellas aceite y vino, y en seguida se las vendó con mucho cuidado. ¡Oh compasión! ¡oh ternura! ¡oh caridad de aquel buen Samaritano!...

«Todo eso, dice San Juan Crisóstomo, no es más que la pintura fiel de los piadosos cuidados de que somos objeto por parte de Jesucristo.» En efecto, por el vino misterioso de la sangre de su pasión, por el aceite simbólico de los sacramentos, ha curado las llagas de nuestros pecados, nos ha aplicado los únicos remedios que sanan, es decir, que santifican eficazmente.

San Juan ha dicho, que Jesús nos ha lavado efectivamente con su sangre. El Profeta-Rey ha dicho también que Dios, por el aceite de la gracia, nos ha dado la unción santa que desde la cabeza descende y se esparce por todo el cuerpo. También ha curado y vendado cuidadosamente nuestras heridas, porque, dice San Agustín, no se contentó con presentarnos en los sacramentos el remedio del pecado cometido, sino que nos asegura además en ellos preservativos eficaces contra todos los que intentásemos cometer.

Pero los cuidados más exquisitos prodigados por el Samaritano al herido, de nada hubieran servido si le hubiese dejado extenuado y sin fuerzas en medio del camino y en un sitio desierto. Le levantó,

pues, con la mayor precaución posible, le colocó como mejor pudo sobre su caballo, y le condujo á la primera posada que encontró. Allí hizo le suministraran todo lo que necesitaba, cama, lumbre, remedios, alimento, y continuó cuidándole con el afecto de un amigo y la abnegación de una madre.

Del mismo modo, la pasión y la muerte por las que Jesucristo, el Samaritano celestial, había lavado y curado nuestras heridas, y luego los sacramentos tan necesarios para la consolidación y curación de esas mismas llagas, todo hubiera sido inútil, y no habría servido de nada, si el Salvador nos hubiese dejado en el desierto de este mundo, sin otro auxilio, abandonados á nosotros mismos. ¿Qué hizo, pues, el amable Salvador? Elevó hasta Él, por la confianza que supo inspirarla, á la humanidad que acababa de salvar por la redención, y que llevaba en sí mismo en la persona de Adán, nuestro primer padre. Condujo á esa humanidad, y la colocó en el parador de la Iglesia que acababa de fundar con este fin. Allí le prodigó todos los cuidados, todas las ternuras de su caridad infinita, durante los cuarenta días que sucedieron á su resurrección. Porque la Iglesia, dice Orígenes, es una verdadera hospedería, siempre abierta para los que quieren entrar en ella, siempre pronta á recogerlos á todas horas, y que no niega á nadie su hospitalidad y su auxilio.

Observad también, dice Teofilacto, que no sin misterio se ha dicho que el Samaritano llevó al parador al herido sobre su caballo. Eso significa que Jesucristo ha puesto nuestra humanidad herida sobre la suya propia, haciéndonos llegar á ser miembros y que nadie, añade el venerable Beda, entra en la hospedería de la Iglesia, á menos que no sea llevado á ella por el mismo Jesucristo, que en el bautismo nos incorpora á su cuerpo místico.

Pero he aquí el rasgo más hermoso de la caridad del Samaritano. Obligado á marchar á la mañana siguiente, llamó al dueño de la posada, y mostrándole al viajero herido, le dijo: Os recomiendo á ese desgraciado. Tened con él el mismo cuidado que conmigo mismo. Ahí tenéis dos monedas de oro; no economicéis nada de lo que pueda serle necesario, y si os veis en la necesidad de gastar más para su curación, no tengáis reparo ni inconveniente alguno, porque yo os lo abonaré á mi regreso.»

El dueño de la posada, según Orígenes, es el que preside á la Iglesia, el Soberano Pontífice, los Obispos, el clero entero, que todos reunidos no forman más que un cuerpo, una persona moral en la Iglesia de Dios.

Las dos monedas son, según San Ambrosio, las Sagradas Escrituras

ras de los dos Testamentos, que presentan de una manera sensible los caracteres de la inspiración divina, al mismo tiempo que los dogmas de la unidad y de la Trinidad en Dios, de la divinidad y la humanidad de Jesucristo. Es como la imagen del gran Rey de los cielos, como las monedas llevan el sello y la imagen de los Reyes de la tierra. Dios ha dejado estas Escrituras en depósito en manos de la Iglesia, y son de una utilidad inmensa para curar todas las heridas del alma.

Puede decirse también que esas dos monedas significan la VERDAD y la GRACIA: la verdad, que cura los espíritus iluminándolos; la gracia, que cicatriza las llagas de los corazones santificándolos; la verdad, en el conjunto de la revelación; la gracia en la institución de los sacramentos; la verdad y la gracia cuyo depósito Jesucristo, al día siguiente de la resurrección, antes de volver á partir para el cielo, confió al dueño de la verdadera hospitalidad, al cuerpo de los Pastores de la Iglesia. Esas son, dice San Juan Crisóstomo, las dos monedas que nos proporcionan el poder levantar á los caídos, cuidar á los enfermos y curar á los heridos en el orden espiritual, como también el conservar la salud á los que la han recobrado.

¡Cuán bellas son estas interpretaciones!... exclama Orígenes: ¡cuán sólidas y tiernas á la par que agradables al espíritu y conformes á la razón!...

Detengámonos un instante, hermanos míos, á meditar estas grandes y deliciosas palabras: «Tened cuidado de él, *curam illius habe*; acordándonos que esas son en realidad las palabras pronunciadas por el Samaritano Celestial, cuando quiso encargar á los ministros de su Iglesia el cuidado de la humanidad postrada y enferma.

Tened cuidado de ella, *curam illius habe*. Estas palabras pronunciadas por el Dios Omnipotente, que obra todo lo que dice, que realiza todo lo que nombra: esas palabras, digo, han sido á un tiempo mismo en la Iglesia y para la Iglesia un mandato y un decreto, una ley y una institución. Por esas palabras el Salvador del mundo ha transmitido y dejado á la Iglesia su espíritu, su corazón, todos los sentimientos, todos los transportes de su caridad infinita en favor del hombre. La Iglesia, desde entonces, se ha considerado y manifestado como animada del espíritu de Dios, como llena de la unción de la bondad divina, para enjugar todas las lágrimas, para dulcificar todos los dolores, para cerrar todas las heridas y para alejar ó disminuir al menos todos los males de la humanidad. *Spiritus Domine super me*, etc.

Y, en efecto, desde que esas palabras tan poderosas como afe-

tuosas, y en las que se resume todo el espíritu del Evangelio, fueron pronunciadas por el Divino Samaritano, va repitiéndose en la grande hospitalidad de la Iglesia, y se repetirán siempre con la misma energía y la misma fecundidad. Esas palabras son las que mantendrán siempre en ella su actividad, ese espíritu de caridad ardiente, inagotable, que es el carácter propio y distintivo de la Iglesia, la aureola que por todas partes radiante la circunda.

Es verdad que la humanidad, esa enferma impaciente é inquietada, atolondrada y ligera, se rebela con frecuencia contra la Iglesia que quiere cuidarla, la rechaza, persigue y ultraja. Mas la Iglesia, enfermera incapaz de cansarse ni de incomodarse, no hace caso alguno del delirio de la paciente, para no acordarse más que de sus necesidades y de sus dolores. Siempre vigilante, acude, vuela á aliviar y salvar, aun con la certidumbre de no recoger más que odio, desprecio y maldiciones en recompensa de sus afanes y de su amor. Porque el Salvador ha recomendado á la Iglesia el no abandonar jamás á la humanidad, sea cual fuere su ingratitude. Porque esas grandes y eficaces palabras «tened cuidado de ella», *curam illius habe*, resuenan siempre en los oídos de la Iglesia, y se repiten con poderoso eco en su corazón.

He ahí lo que os explica el misterio de esa asombrosa caridad de la Iglesia, que hasta sus mismos enemigos admiran sin comprenderla: de esa caridad que hace á los enviados de la Iglesia arrostrar las persecuciones de los gobiernos y las antipatías de los pueblos, la injusticia de los edictos y la crueldad de su ejecución, las prisiones, la cuchilla y el hacha, el suplicio y la hoguera, cuando se trata de penetrar en las regiones más intolerantes y bárbaras para esparcir en ellas la luz de la fe, los consuelos de la esperanza y el bálsamo del amor cristiano.

Eso os explicará, también, por qué y cómo sucede que desde hace diez y ocho siglos jamás han faltado ni faltarán obispos, sacerdotes, religiosos, misioneros y vírgenes heroicas que, separándose para siempre de sus familias y de su patria voluntariamente, arrostran las tempestades del Océano, los horrores de los desiertos y las amenazas de los hombres todavía más terribles que los monstruos de los mares y los animales feroces, y corren adonde quiera que hay infelices que ilustrar, pecadores que convertir, pobres que socorrer, enfermos que cuidar y pueblos que civilizar.

He aquí, pues, hermanos míos, como en la parábola del Samaritano, Jesucristo ha querido no solamente manifestarnos su propio corazón amoroso, si que también el carácter de la misión de la Igle-

sia, que no es otro que continuar aquella misma misión de Jesucristo que derrama sobre nosotros sus bondades y ternuras para introducirnos después en las mansiones de la gloria. *Amén.*

MILAGRO DE LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

Cum subleuasset ergo oculos Jesus, et uidisset quia multitudo maxima uenit ad eum, dixit ad Philippum: unde enim panes ut manducent hi?

Habiendo pues Jesús alzado los ojos, y visto que le seguía una gran multitud, dijo á Felipe: ¿de dónde compraremos pan, para que coman éstos?

(S. JUAN, c. 6, v. 5.)

He aquí, hermanos míos, el gran milagro de la providencia, siempre rica y siempre misericordiosa, de nuestro Dios, en favor de los que le siguen. He aquí la prueba inconcusa y altamente luminosa del paternal cuidado con que acude á proveer abundantemente de oportuno remedio á las necesidades de sus fieles hijos. He aquí en fin el argumento más concluyente en contra de los reprobados afanes con que los hombres buscan las cosas de la tierra y se olvidan de las del cielo. «No andéis solicitos diciendo qué comeremos, qué beberemos y con qué nos vestiremos,» nos dice el Evangelio; «los gentiles son los que buscan, se afanan y se inquietan por esas cosas: buscad vosotros primero el reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura. Mirad las aves del cielo, que ni siembran, ni cogen, ni amontonan en graneros, y vuestro Padre celestial las apacienta...: considerad los lirios del campo como crecen, aunque no trabajan ni hilan; y sin embargo ni el mismo Salomón, en toda su gloria, se vestía con más gala y hermosura.»

Sentado nuestro gran Dios en el trono de su gloria, levanta sus

ojos, tiende su vista por todos los ángulos del universo, que la cria y depende exclusivamente de su eterna providencia y cuidado: *cum subleuasset*; todo lo ve, todo lo registra y sabe que á todo debe acudir, para que se conserve: *et uidisset quia multitudo maxima uenit ad eum*; y entonces echa mano de los inagotables fueros de su poder, de su sabiduría y de su misericordia, y da á cada cual lo que necesita y le conviene. Nadie queda disgustado; á ninguno falta; todos salen provistos de sus dones, si tienen fe en su providencia y reciben con dócil humildad lo que les reparte; ciertos, confiados y seguros de que aquello, y no otra cosa, es lo que pueden esperar, lo que deben recibir, lo que están obligados á aceptar con gratitud y reconocimiento.

Y ¿no es esto, señores, lo que vemos todos los días y á cada momento, y lo que se está repitiendo sin cesar á nuestros ojos desde el principio del mundo? Y sin embargo no nos sorprende, no llama nuestra atención, no excita nuestra fe, no estimula nuestra piedad. ¿Queremos un hecho singular, un milagro más patente, si cabe, un suceso portentoso, que en circunstancias particulares sea como una aplicación brillante de las reglas generales con que el Señor administra y gobierna al mundo? Pues hoy lo tenemos. Pero cuidado; que en él se nos da una lección importante, un documento precioso y perentorio, que nos servirá de terrible cargo en el día del juicio. Nuestro deseo y nimia curiosidad quedan completamente satisfechos; pero de su mismo cumplimiento resultará contra nosotros un argumento indeclinable, á que jamás podremos contestar.

Jesucristo nuestro amable salvador pasa al otro lado del mar de Galilea, seguido de una gran multitud de gentes, admirada de los muchos milagros que ya antes habia hecho con los enfermos: subió á un monte y se sentó con sus discípulos; y alzando sus ojos, vió las gentes que venían hacia él, y dijo al apóstol San Felipe: ¿de dónde compraremos pan para que éstos coman? Esto decía á Felipe, para probar su fe, atendida la gran multitud de los que le seguían, en cuyo favor hizo el asombroso milagro de multiplicar cinco panes y dos peces en tan prodigiosa abundancia, que sobraron para satisfacer el hambre de cerca de cinco mil hombres, sin contar las mujeres, ancianos y niños. ¿Es bastante este prodigio para conocer toda la grandeza de la providencia del Señor? ¿Tenemos aún en él alguna cosa importante que aprender? Sí, católicos; pero es indispensable examinar despacio lo que hace Jesús y las circunstancias en que lo hace, para deducir que los milagros de la Providencia son el premio de la fe y buenas obras. Esta es mi proposición, expresamente contenida